



ADOLESCENTES Y DESOBEDIENCIA A LAS REGLAS:

¿CAPRICHOS DE LA BIOLOGÍA O MODELO A IMITAR?



Amanda Céspedes*

* Amanda Céspedes: Médico Neuropsiquiatra Infantil U. De Chile. Postgrado U. Degli Studi de Turín, Italia. Desarrolla y promueve el conocimiento del cerebro infantil aplicado a la educación. Escritora.

¿capricho de la biología o modelo a imitar?

Una noticia reciente ha causado revuelo en los medios de comunicación: un grupo de alumnos de 3° medio de un colegio privado de Punta Arenas rompió los acuerdos de convivencia y respeto durante el viaje de estudios, adquiriendo y distribuyendo drogas entre sus compañeros y mostrando un claro desacato a dichos acuerdos. Sus padres no estuvieron de acuerdo con la sanción que se debía aplicar. Si bien desconocemos los detalles de lo ocurrido, por lo cual no nos es posible dar una opinión respecto al hecho específico, sí podemos reflexionar acerca de una situación que suele ser relativamente común en viajes de estudios: el desafío a las reglas previamente acordadas por parte de algunos alumnos.

En primer lugar, cabe preguntarse quienes son los participantes en un viaje de estudios. Son adolescentes, varones y mujeres, que tienen en promedio 17 años. Desde el punto de vista biológico y psicológico están experimentando profundos cambios estructurales y funcionales en sus cerebros y sus mentes, los que explican en parte sus peculiares características conductuales. De ellas cabe destacar una modificación en el circuito de la recompensa cerebral, modificación que determina la búsqueda de experiencias excitantes y favorece llevar a cabo conductas transgresoras. Por otra parte, las áreas cerebrales encargadas de tomar decisiones responsables están todavía en proceso de maduración. Los adolescentes a los 17 años se tornan impulsivos, no evalúan reflexivamente las consecuencias de sus acciones antes de llevarlas a cabo, desciende el nivel de empatía y son altamente influenciables. ¡Pero no todo es biológico! A esa edad ya está claramente delineada la influencia que sus familias han ejercido sobre ellos desde el momento mismo del nacimiento. Esto significa que cada adolescente es el espejo de los valores de sus padres y de la habilidad o inhabilidad en aplicar recursos de parentalidad. En consecuencia, en un mismo 3° medio hay alumnos que llevan consigo sólidos valores, una ética igualmente incombustible y logran someter su natural impulsividad al arbitrio de la reflexión, mientras que otros acomodan su ética a las circunstancias, muestran que para ellos “el fin justifica los medios” y no tienen reparos en buscar a quien culpar, mostrándose arrogantes y centrados en sí mismos. Unos y otros son el espejo de la formación recibida en casa; sus comportamientos facilitan al ojo entrenado en separar -no sin cierta dificultad- el impacto de lo biológico de la solidez o inconsistencia de la educación formativa en casa. Y aún falta el componente social: niños y adolescentes son testigos atentos de los fenómenos sociales en los cuales están insertos; para aquellos adolescentes más inmaduros, impulsivos y débiles en conciencia ética, estos fenómenos les sirven de justificación para llevar a cabo conductas transgresoras. Para ellos, los adultos que incurren en abierta corrupción, que no tienen reparos en emplear ese lenguaje mal llamado “coloquial” que les envilece y que son maestros en culpar a otros, son adultos dignos de imitar en su “chispeza” al servicio de la transgresión social, que no es sino el poner su inteligencia al servicio del delito; algunos adolescentes admiran la arrogancia desenfadada del adulto sin ética, porque para ellos es una señal de poder.

¿Hay solución? Fundación Educacional Amanda deposita su optimismo en dos ámbitos: en primer lugar, invertir esfuerzos, recursos, creatividad y compromiso en la formación integral de la primera y segunda infancia, para lo cual tales esfuerzos deben ir dirigidos a la formación de las familias, tutores, cuidadores de niños y a directivos, docentes y profesionales de apoyo a la educación. En la adolescencia se enriquece lo sembrado antes de esos primeros 10 años que son fundacionales. En segundo lugar, es imperativo acompañar a las familias y colegios a canalizar la potente energía vital de los adolescentes, la cual solo tiene dos cauces de expresión: la vertiente autodestructiva y/o destructiva y la vertiente constructiva, de disposición a trabajar por el bienestar de todos, de búsqueda del bien común, de despliegue de talentos en lo artístico, deportivo, actoral, servicio comunitario, etc. Mucho esfuerzo ya se está invirtiendo a lo largo del país, iniciativas innovadoras e inspiradoras, a menudo invisibilizadas. Pero también son muchos los adolescentes que están en un radical desamparo formativo. Y mucho más se debe y puede hacer si hay voluntad.

Finalmente, algunas palabras respecto a las voces que se han alzado pidiendo volver a prácticas de autoritarismo, de castigos ejemplarizadores y de severa sanción social como solución a las conductas transgresoras adolescentes: estas prácticas no son la vía correcta si pretendemos formar. Ellas no forman; solo reprimen e invitan al adolescente a refinar los medios para eludir los castigos. Son un excelente combustible para la peor de las “chispezas”: el arte de engañar sustentado en el desprecio a la honestidad.